

La gracia de una curación

Mi hijo nació sano en febrero de 1999 y a los veinte días, en pocas horas, cayó en un cuadro respiratorio agudo con sus consecuentes secuelas cerebrales. Estaba gravísimo, en terapia intensiva y los médicos no daban ni diagnóstico claro ni esperanza firme de curación. Desde el primer momento todos rezaban en familia y amigos. El panorama se cerraba cada vez más, cuando me trajeron una cruz bendecida por el Padre Etcheverry Boneo -a quien yo había conocido- y comencé a apoyarla en el bebé pidiendo insistentemente la gracia de la curación.

Esa tarde, en el nuevo estudio, hubo un cambio radical. Desde ese momento el peligro pasó y los médicos quedaron sorprendidos por el repentino viraje en la salud de mi hijo. Los controles siguieron todo el año y el especialista, al dar por terminado el período de observación, volvió a reiterarme que no encontraba una neta explicación de esa curación tan repentina, “un milagro”, agregó (aunque usó el término en el sentido de “sorprendente”). Pero quiero decir que yo vi a mi hijo a las puertas de la muerte sin que los médicos me dieran esperanzas y de golpe todo cambió. Pienso que el P. Etcheverry intercedió frente al Señor y así me explico esta gracia que siempre le agradeceré. Ahora tiene cuatro años y sigue sano.

M. T. V. Buenos Aires, septiembre 2003